

7

EL MAR

Lo primero que vieron mis ojos fue el mar: violentamente, como siempre estuvo el Cantábrico ante mí, airado, refunfuñando y dándome la razón a regañadientes.

Pasaron muchos árboles, y meses y estaciones, al fin me hallé en el límite de Tarragona con el Mediterráneo, tan parado, mirándome a las manos, tan distinto de como lo vi en la guerra, un poco más azul y siempre mirándome, parado, a las manos.

Más tarde bajé a los mares de China, jadeantes de nocturno marfil, según hice constar en aquel hotel de una ^{angosta} estrecha callejuela de Pekín. Sin más, salté hasta el Báltico, yo pisaba su lisa espalda de lápida indiscutiblemente fría, restos estalinistas, trizadas cruces nazis.

Ahora, esta tarde, golpean las olas en la memoria, olas redondas, locas, con coronas de tela, mientras el mar Caribe se abre a mi vista limpio como un cristal donde hubiese caído esa asquerosa mosca del consabido buque norteamericano.